

*Cuadernos de  
Pensamiento*



Cuadernos de Pensamiento

ISSN: 2660-6070

fuesp@fuesp.com

Fundación Universitaria Española  
España

CARRAVILLA PARRA, JESÚS

La experiencia de Dios y el realismo de Teresa de Jesús

Cuadernos de Pensamiento, núm. 28, 2015, pp. 103-142

Fundación Universitaria Española

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=693773296006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# La experiencia de Dios y el realismo de Teresa de Jesús

M<sup>a</sup> JESÚS CARRAVILLA PARRA

*Universidad Católica de Ávila*

RESUMEN: el realismo de Santa Teresa se muestra en sus obras a través de las descripciones que ofrece de la experiencia de Dios vivida. Esta referencia a la experiencia y comunicación con Dios fue una novedad en su época. Para comprender el alcance de una de las experiencias místicas más elevadas señalamos las características de la época, los retazos de su vida, su infancia y los entornos familiares, su entrada como carmelita en la Encarnación, su conversión, la trayectoria de su experiencia mística. Salen a colación los símbolos usados por la Santa avilense. Igualmente las dimensiones de la persona en ese itinerario hacia la unión de amor. Por fin, los episodios de su experiencia mística más relevantes y el realismo que muestran en la descripción que nos ofrece de los mismos.

PALABRAS CLAVE: experiencia mística, infancia, itinerario existencial, simbología, realismo

ABSTRACT: The realism of St Teresa is shown in her works through the descriptions that she offers of her lived experience of God. This reference to her experience and communication with God was a novelty in her time. To understand the reach of one of her highest mystical experiences, his paper looks at the characteristics of her time, a sketch of her life, her childhood and her family, her entrance as a Carmelite in the Incarnation, her conversion, the path of her mystical experience. The symbols that the saint of Avila used will be discussed, as well as the dimensions of her person in this path towards the union of love. Finally, the most relevant episodes of her mystical experience and the realism which she shows on describing them will be explored.

KEYWORDS: mystical experience, childhood, existential itinerary, symbology, realism.

## 1. INTRODUCCIÓN

¿Qué es lo que nos llama la atención de santa Teresa? ¿Cuál ha sido su aportación genuina?

Ciertamente, fue una mujer excepcional, una personalidad singular, una escritora insigne, una emprendedora, una reivindicadora de la mujer, una reformadora en la vida de la Iglesia, maestra de vida y de oración. Pero si ahondamos en la raíz de todas estas prerrogativas, nos encontramos con lo más propiamente genuino de ella: su experiencia de Dios. Es lo que se encuentra como fundamento de lo demás, lo que ha legado como valor universal y perdurable. Efectivamente, la experiencia de los místicos es la más honda experiencia de Dios que podemos encontrar. Nos centramos en santa Teresa, pero podríamos señalar lo mismo de San Juan de la Cruz, la otra gran figura de la mística española.

La experiencia mística nos habla de una unidad interior muy especial, lograda a través de la trayectoria de toda una vida, desde la mutua colaboración entre el hombre y Dios; entre lo logrado pero también sobre todo lo recibido. Unidad que se manifiesta a la postre como ese especial modo de *entender la verdad y querer obrarlo*<sup>1</sup>, que decía santa Teresa ya al final de su vida, de su itinerario como reformadora y fundadora. Esa unidad caracterizaba ya una etapa de madurez donde se muestra una síntesis de vida, de verdad y libertad, y manifestada en un modo de ser y proceder muy por encima de cualesquiera acontecimientos –tan contrariantes en su vida–. Este modo de ser y proceder que vienen de esa unidad interior lograda, es lo que la Santa abulense calificaba como *andar en verdad*. Esto sólo se logra ante la presencia de Dios, desde la experiencia de Dios; conlleva la actitud humilde, no hay otra actitud verdadera ante Dios.

Efectivamente, esa experiencia de Dios, tan genuina, se nos muestra en sus obras, en las narraciones de sus vivencias interiores y acontecimientos

---

<sup>1</sup> SANTA TERESA. *Las Fundaciones*, 28, 16. A partir de ahora citaremos las obras de la Santa como se acostumbra: la inicial del título, libro y capítulo; lo haremos al lado de la cita misma. La edición que nos sirve de base es: SANTA TERESA (2015) *Obras Completas*. 17 edición preparada por Tomás Álvarez. Burgos: Monte Carmelo.

exteriores, a través de esa especial altura de miras y, al mismo tiempo, incisiva voluntad de acción muy por encima de todo tipo de contradicciones. Teresa mira con ojos nuevos, juzga y decide con corazón magnánimo, se sitúa en otro horizonte. Verdad, libertad y amor parecen concatenarse de un modo especial en la Santa abulense.

La referencia continua a Dios, al Dios humanado que la acompaña siempre, que tenía *cabe sí*, la interna comunicación con Él, será la clave de esa experiencia. La comunicación amorosa con Dios que es la oración, ese *tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama* (V. 8, 5) fue el basamento del *camino de perfección* que fue transformando su vida. La acción de Dios y la respuesta de Teresa van entretejiendo toda una vida. Progresivamente, se va cumpliendo en ella lo que afirmara en su día San Ireneo de Lyon: lo propio de Dios es hacer, lo propio del hombre dejarse hacer. El protagonismo de Teresa va cediendo cada vez más ante la acción de Dios, hasta concluirse la relación en una confluencia de voluntades; en una identificación de querer. Así, la acción amorosa y redentora de Dios va a tener un eco especial en Teresa y, a través de ella, en los hombres de su tiempo, pero también en los tiempos venideros.

Ni que decir tiene que ese descubrimiento está requiriendo de antemano, por parte del que mira, una disposición veraz, una actitud objetiva y realista. Esta experiencia nos apela; no nos deja indiferentes, pues en todo hombre hay esa aspiración a la verdad; esa “búsqueda de la verdad” que caracterizó especialmente a algunos interlocutores de Santa Teresa, como Edith Stein.

Nos asomamos, a sus escritos, a la expresión de sus vivencias, para descubrir la verdad de su experiencia, que será al mismo tiempo, la verdad de ella misma y la verdad de Dios. Es lo que define ella tan sintética y preciosamente como *andar en verdad*.

«Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante –a mi parecer sin considerarlo, sino de presto– esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad» (M VI, 10, 7).

La palabra *andar* es muy usada por la Santa abulense. No dice “pensar” o “expresar” o “mirar” o “desear”, no; dice *andar*: estar situado, transcurrir, caminar, vivir en verdad. Es también muestra de esa unidad interior lograda. La palabra *andar* la usa para referir la realidad que vive tanto internamente como externamente. Es, pues, una expresión que muestra el realismo teresiano, como iremos viendo. Realismo que va alcanzando cuotas de verdad más altas y más hondas a medida que va creciendo en esa experiencia de Dios y, por tanto, en esa unidad interior que va aclarando la mirada, determinando la voluntad y dilatando el corazón. Recorremos brevemente su “andadura”.

## 2. SEGÚN ANDAN ESTOS TIEMPOS...

Lo primero a tener en cuenta para comprender los escritos de Santa Teresa es el momento histórico en que vivió. Ella refiere directa o indirectamente esas circunstancias sociales y culturales en las que vive. También aquí comenta directamente los acontecimientos; no hace teoría sino que refiere a modo descriptivo la realidad que la rodea, el transcurrir de los acontecimientos; “según *andan* los tiempos”.

De un modo general podríamos decir que nace en una época de cambios en todos los órdenes, ya sea cultural, social, político. Humanismo, Renacimiento, incipiente modernidad, son epígrafes con los que calificamos un siglo de transiciones, de descubrimientos, de experimentaciones, de grandes creaciones artísticas.

Un giro copernicano va a caracterizar no sólo el mundo cosmológico sino también el antropológico y social. El hombre, su conocimiento, su experiencia, su acción, empieza a ser el centro de referencia. “He ahí el hombre”; ese parece ser el emblema del arte, el exponente más fidedigno de ese humanismo. Comparemos la estabilidad y elevación del espíritu, típicas de las figuras del románico o gótico, con aquellas otras figuras musculosas o las madonas del arte renacentista, donde la naturaleza humana es lo relevante. En el ámbito del pensamiento la confianza en la propia razón, en el conocimiento, los nuevos métodos y logros científicos empiezan a deslum-

brar. Parece que el hombre se autodescubre, y se entusiasma consigo mismo, crece la confianza en la propia razón y en las posibilidades técnicas que ya apuntan; se lanza hacia nuevos horizontes. Exponente de ello será el descubrimiento de América.

En España nos encontramos ante el siglo de oro, tanto en las artes – Murillo, El Greco, Velázquez, Ribera, Zurbarán, Berruguete... –, como en las letras – Nebrija, Cervantes –, como en la arquitectura – el Escorial –, o en el esplendor universitario – Salamanca, Alcalá –. Siglo de oro también en el espíritu: San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara, San Juan de Ávila... Y siglo de oro en la mística, en la manifestación de la experiencia de Dios, donde sobresalen, sin duda, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Pero, al mismo tiempo es época turbulenta. Esos logros no florecen en la calma suave de un amanecer, sino entre los vendavales y agitaciones de todo tipo de vientos y mareas. Sobre todo es en el terreno del espíritu, de la religiosidad, donde estas corrientes tormentosas se acentúan. Pero la luz del amanecer es más incisiva y sugerente cuando se presenta entre nubarrones tormentosos. Así parece decantarse la experiencia de los místicos en esta barahúnda de contrastes, de acontecimientos encontrados; de “contrarios” como solían decir.

Socialmente hay un contraste radical entre estamentos sociales, entre nobles, clérigos e hidalgos y el pueblo llano. A esto hay que agregar la mezcla de judíos moros y cristianos, con la consiguiente confusión de identidades, tantas veces exigidas y otras tantas ocultadas. Se daba el problema de los falsos conversos, los judaizantes, los “marranos”, los herejes... Y con todo ello, se arrastraba una corrupción de costumbres, que había invadido las mismas órdenes religiosas. Al mismo tiempo, y quizá como consecuencia, se extendía una desorientación y extremismo de orden espiritualista. Aparecen así los alumbrados y recogidos; el iluminismo, la santería y, no pocas veces, la brujería y el espiritismo. Como consecuencia se implantaría la inquisición, nacida como proyecto de los reyes para poner orden en este maremágnum de situaciones, y cuyo rigor lo sufrirían justos y pecadores. La Santa abulense entre tantos otros. *Según andan estos tiempos... es menester grande aviso*

(M, VI, 8, 9). «...e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores» (V. 33, 5)

Esta situación era general en Europa, y fue la causante y también deudora de las corrientes reformistas: Erasmo, Lutero, Calvino, Enrique VIII.

En estos contextos es donde se sitúa la figura de Santa Teresa. Este ambiente político, social y cultural influirá en su vida y obra. Era época de reformas. La Santa abulense también iniciará una reforma en el Carmelo, su familia espiritual. Pero lo hizo de modo distinto a los otros reformadores europeos; fue de modo mucho más realista y eficaz: empezando por ella misma y las poquitas que quisieron abrazar ese modo de vida auténtico, en austeridad, dedicadas a la contemplación, en sencilla vida fraternal:

«... determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo (C. 1, 2).

Aquel inicio tendrá una trascendencia fundamental para la vida de la Iglesia. Pero a ella le costó enormemente hacer valer *eso poquito* que era en ella: la experiencia del Dios vivo y llevar a cabo su voluntad en medio de todas las adversidades del momento histórico que la tocó vivir. Que luego no era tan poquito, pues tuvo una trascendencia fundamental.

### 3. RETAZOS DE SU VIDA

Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios (M. 6, 4,15) Pocas experiencias de Dios se nos han mostrado tan viva y profundamente como lo hace la Santa en su biografía. Esto resulta tanto más notable cuanto más vivo y directo y más ajeno a ninguna otra pretensión suya. Efectivamente, narra su vida, sus vivencias, de la forma más natural; transparenta su interioridad sin doblez ni componendas de ningún tipo, sólo mostrar lo que vive. Es señal de su realismo, de su “andadura” en la verdad. Esto caracterizó toda su vida,

toda su biografía. Nos asomaremos a algunos de los episodios más significativos de la misma, tratando de descubrir cómo va perfilándose esa experiencia del Dios vivo y verdadero que va haciéndose cada vez más presente en su alma. Lo que más impresiona es que ella es ella y Dios es Dios en todo momento. En comunión cada vez más estrecha pero sin confundirse. De este modo, toda la realidad de Teresa, toda su trayectoria vital se hace relevante en cada momento de su vida, en cada experiencia; hasta que ella misma es capaz de interpretar su propia situación ante Dios. Por ello puede hablar de los modos o grados de oración, de las moradas interiores del alma en su encuentro y unión con Dios, de la transformación que sufre interiormente, como aquella del gusano de seda y la mariposa. Ella es capaz de ver, mejor que nadie, cual es la verdad de su experiencia de Dios. Pero además, ella nos lo contó como nadie.

“Un hombre solo ante Dios solo”; esta es en definitiva el habérselas de místico en su relación con Dios. Este el lugar del discernimiento interior. Luego puede ser que encuentre eco en otros que han pasado por vivencias similares y así quede confirmado en su vivencia. Así le ocurrió a Teresa con unos poquitos hombres de su época; San Juan de la Cruz o San Pedro de Alcántara o San Francisco de Borja o San Juan de Ávila. Todos ellos tuvieron que hacer ese similar recorrido del que se adentra solitario al encuentro con Dios. Son los grandes incomprendidos que nos han permitido comprender un poquito la presencia y acción de Dios en el alma.

### *3.1. Sus raíces. La tierra y la luz llenaron su infancia*

El hogar familiar, la educación recibida, el entorno paisajístico, el ambiente cultural, se amalgaman en la personalidad de Teresa, consiguiendo una síntesis preciosa, en un personaje único. No tienen poca importancia aquellas improntas de las vivencias infantiles; ahí se dan los descubrimientos fundamentales de la vida. Aquella “verdad de cuando niña”, a la que aludirá Teresa. Nos centramos primero en sus raíces, en algunos retazos de su niñez.

Juan Sánchez, abuelo de Teresa, era de origen judío, afincado en Toledo. Irá a Ávila en el s. XVI, allí compró certificado de hidalguía. Alonso Sán-

chez de Cepeda, su padre, se casó 2 veces: con Catalina del Peso y Henao que murió en 1507, a los pocos años de casados, con quien tuvo 2 hijos, Juan Gerónimo y María. El segundo matrimonio fue con Beatriz de Ahumada. Esta segunda mujer era hija de D. Juan de Ahumada y D<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas, señora principal de Olmedo. Juan de Ahumada tenía grandes posesiones en Gotarrendura, pueblo a 21 km. de Ávila, heredadas de su padre, D. Juan Blázquez Dávila de Cordovilla, señor y hacendado de la comarca. Estas propiedades han sido un descubrimiento del siglo XX<sup>2</sup>.

Esta sería la razón por la que los padres de Teresa se casaron en Gotarrendura. Fue el 14 de noviembre de 1509.

Antes del Concilio de Trento los esponsales, o compromiso antes del matrimonio, tenían lugar en la casa de alguno de los novios; debió ser en la “Casa Palacio” de los Ahumada –como se sigue denominando hoy el lugar de la ya desaparecida mansión-. La madre de D<sup>a</sup> Beatriz, D<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas, tendría un papel preponderante en el consentimiento de la boda, ya que su marido, Juan de Ahumada, había fallecido. Primero tenía lugar el compromiso entre los esposos, los esponsales, que se hacía entre las familias: los Cepeda y los Ahumada. Posteriormente tenía lugar la ceremonia de “velación” –un mismo velo unía y cubría los hombros del esposo y la cabeza de la esposa–, para significar simbólicamente el compromiso matrimonial. Conservamos testimonios del acontecimiento, referidos por los renteros de doña Beatriz: Alonso de Benignilla y Juan Ximénex. Éste último señala:

«Cuando esta señora se hubo de casar con Alonso Sánchez fue este testigo por la dicha doña Beatriz é por su madre á Holmedo é las traxo; é se velaron los dichos Alonso Sánchez é doña Beatriz de Ahumada en Goterrendura... é este testigo los vio velar, é comió de las gallinas de la boda; é después los conoció este testigo, mucho tiempo casados (años 1509-1528) en el dicho lugar de Goterrendura é en esta ciudad de Avila».

«Alonso de Benegrilla, de edad de cinquenta é seis años, también los vio velar en la yglesia de Goterrendura.... al tiempo que el dicho Alonso Sánchez se veló con la dicha doña Beatriz iba muy ricamente vestida en seda é oro; é

---

<sup>2</sup> Cf. CARRAVILLA MJ., ROMERA F., LÓPEZ JM. (2015). *El Palomar teresiano de Gotarrendura*. Actas del Congreso Interuniversitario “Santa Teresa de Jesús, maestra de vida”. Ávila: Universidad Católica de Ávila.

que era público que el dicho Alonso Sánchez de Cepeda se lo avía dado al tiempo que con ella se desposó»<sup>3</sup>.

Este año centenario del nacimiento de la Santa, se ha recreado teatralmente el acontecimiento de la boda en Gotarrendura. Se vio avanzar el cortejo de D<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas y D<sup>a</sup> Beatriz de Ahumada, por un lado, que venían de Olmedo, y D. Alonso de Cepeda, por otro, que venía de Ávila; se reprodujo la ceremonia de velación y todo el festejo con entrega de ajuar etc.

Se conserva la carta de casamiento y de arras. Don Alonso, en acrecentamiento de la dote familiar, prometió dar mil florines de oro a Doña Beatriz, su esposa. D<sup>a</sup> Beatriz respondía prometiendo fidelidad y entrega a su esposo, al tiempo que ofrecía la muy notable hacienda del lugar, heredada del padre.

D<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas, anfitriona en el consentimiento a la boda, da muestra del notable peso de la mujer en esta familia. Peso que asumirá nieta, sin duda. Posiblemente el nombre de Teresa se deba al de la abuela materna. (Bien es verdad que había otra Teresa por parte del padre, la bisabuela Teresa Sánchez, pero quedaba más lejos). Terminada la ceremonia, la novia recibía los regalos correspondientes. Sería en la casa Palacio que tenían los Ahumada en Gotarrendura, donde continuó el festejo.

El otro lugar familiar era la casa de los Cepeda, en Ávila. Una casona situada hacia la parte suroeste de la muralla, que había comprado el padre de D. Alonso, previamente fue la casa de la moneda. Una mansión o pequeño palacete, rodeado de otros, como el de los Núñez Vela, el de los Guzmanes o el de los Águila, por señalar algunos cercanos.

Ávila habla de Castillo amurallado... *Esa atalaya desde donde se ven verdades*, que dirá posteriormente Teresa tomando la imagen para referirla a la mirada desde la altura de Dios... «Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no

---

<sup>3</sup> Cf. SANCHEZ MELGAR, B. (Marqués de San Juan de Piedras Albas). «Autógrafo epistolar de Santa Teresa, el más antiguo que se conoce». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo LVIII, cuadernos de Febrero y Abril de 1911. Madrid: Fortanet. (BNM, nº 8713). pg. 22. (El testimonio se ofreció con ocasión del pleito famoso entre los cuñados de la Santa –pues los hermanos había ido todos a América–, al morir el padre, D. Alonso de Cepeda).

os apartando de mí, todo lo podré»<sup>4</sup>. Pero Ávila habla, sobre todo, del Castillo interior, o las Moradas del Rey, que constituirá posteriormente el símbolo fundamental del itinerario místico de la Santa.

Los entornos familiares serán la base de las evocaciones posteriores de Teresa; pero siempre sobre la referencia a la verdad como trasfondo de su experiencia; a la realidad como basamento para la que necesita el símbolo mejor que el concepto.

D. Alonso y D<sup>a</sup> Beatriz tuvieron nueve hijos: Hernando (1510), Rodrigo (1513), Teresa (1515), Lorenzo (1519), Antonio (1520), Pedro (1521), Gerónimo (1522), Agustín (1527), Juana (1528). Hablando de los hijos que fueron fruto de este matrimonio, añadió Juan Ximénez que «vio nacer dos de ellos á vista de ojos, y que estando este testigo con los sobredichos (Alonso y Beatriz) nacieron todos los demás»<sup>5</sup>.

La primera referencia sobre el nacimiento de Santa Teresa nos viene de su padre:

“En miércoles veinte e ocho días del mes de marzo de mil quinientos e quince años nació Teresa, mi hija, a las cinco horas de la mañana, media hora más o menos, que fue el dicho miércoles casi amaneciendo. Fueron su compadre Vela Núñez, y la madrina doña María del Águila, hija de Francisco Pajares»<sup>6</sup>.

Curiosamente, el padre no anota el lugar. Como además están arrancadas las páginas correspondientes a estas fechas en el libro de bautismos, se ha levantado el correspondiente litigio respecto a su nacimiento, en Ávila o Gotarrendura; sobre todo a partir de las investigaciones del P. Efrén y Otger Stegink en torno a la hacienda familiar<sup>7</sup>.

Lo que se mantiene por tradición, a partir de las primeras biografías, es que Teresa nació en Ávila y fue bautizada en la Iglesia de San Juan, el 4 de

---

<sup>4</sup> V, 21, 5

<sup>5</sup> *Ibid.* pg. 25

<sup>6</sup> Anotaciones del padre de Teresa, D. Alonso de Cepeda, que conservaba en el bargueño de su casa.

<sup>7</sup> EFREN DE LA MADRE DE DIOS Y OTGER STEGGINK (1996). *Tiempo y vida de Santa Teresa*. 3<sup>a</sup> ed. Madrid. B.A.C. pg. 24 (nota).

abril de 1515. Su padrino, D. Francisco Velázquez Núñez Vela, era hermano del Virrey del Perú, Blasco Núñez Vela. Los Núñez Vela tenían su casa en la vecindad de los Cepeda en Ávila, como hemos señalado; eran familias amigas<sup>8</sup>. La madrina, D<sup>a</sup> María del Águila, era la mujer de su tío D. Antonio de Cepeda –que más tarde, ya viudo, la ayudaría tanto con libros de oración, en Hortigosa, en momentos cruciales para Teresa–.

En Gotarrendura tenían los Ahumada una gran hacienda que cuidar (más de 2000 ovejas y grandes terrenos de labrantío). En la actualidad sólo queda en pie el Palomar, cercano a la casa solariega de los Ahumadas y las otras edificaciones que debía haber en la finca<sup>9</sup>. Pero esto nos señala las necesarias estancias en el lugar para cuidar la hacienda, al menos mientras vivió D<sup>a</sup> Beatriz y, por tanto, la etapa de niña de Teresa. Dejando aparte el tema del nacimiento, éste era el pueblo de su madre, su pueblo.

Según la tradición, pasaban los inviernos, más fríos, en Gotarrendura, los veranos en Ávila. Este lugar debió ser, por tanto, un lugar central en la infancia de Santa Teresa; presente en sus recuerdos y sus obras: palomas y palomarcicos, las maneras de regar el huerto, el pozo con noria y arcaduces, las moreras o “morales”, el gusano de seda y la mariposa, los almendros, nogales, las flores, el campo... hablan de un ambiente rural que, sin duda, era evocación de estos lugares de la niñez.

Estas imágenes, símbolos de su experiencia interior, delatan igualmente el realismo de Teresa. La tierra y la luz llenaron su infancia, las vivencias de la niñez poblaron su imaginación; a ellas acudirá Teresa para expresar las experiencias místicas posteriores. Así: las maneras de regar el huerto será la imagen de los modos de oración: “sacar el agua de un pozo, que es a nuestro

---

<sup>8</sup> En la actualidad es el Palacio de Justicia, con un cuadro en la escalinata del mismo que presenta al virrey del Perú, y las predicciones de su muerte; como se sabe fue asesinado en aquellas tierras cuando quiso poner orden entre los bandos de los propios españoles. Los hermanos de Teresa emigraron casi todos a América, con Blasco Núñez Vela, Virrey del Perú. Era la época del descubrimiento.

<sup>9</sup> Las excavaciones arqueológicas de este año centenario, han dado como resultado varias edificaciones cercanas al Palomar. Cf. Comunicación al Congreso: *El Palomar teresiano de Gotarrendura*.

gran trabajo"... "o con noria y arcaduces, que se saca con un torno; yo lo he sacado algunas veces" (V. 11, 7 y ss).

Recordará igualmente las moreras; y tomará esta otra imagen para simbolizar la transformación del alma en su relación con Dios: el gusano de seda que se transforma en mariposa.

"... y con hojas de moral se crían... van de sí mismos hilando la seda y hacen unos capuchillos muy apretados adonde se encierran... y sale del mismo cacucho una mariposica blanca, muy graciosa" (M. 2, 2).

Vería alear las palomas en torno al palomar de su niñez. O su arrullar en la ventana de la casa-palacio. Lo único que se conserva en la actualidad es el palomar, preciada reliquia de la infancia de Santa Teresa. El palomar y los palomarcicos, formarán parte desde entonces de la literatura mística. Pero además acudirá desde su monasterio de la Encarnación a los renteros para recibir la fuente de alimentación que eran los pichones o "palominos"; sustanciosa fuente en aquella hora: "Tenga la merced de cebar y cuidar bien el palomar en estos meses de frío ahora que está bien poblado" (Carta, 10 de enero de 1541). "Hacedme merced de enviar doce palominos la víspera de Santiago, que yo me holgaré mucho de ello". (Carta, 10 de julio de 1546). El Palomar es grande, de forma rectangular –a diferencia de los circulares que hay en el entorno-, las paredes repletas de nichos para nidos de paloma, con un tabique intermedio que lo divide, también lleno de nichos; posee 700 nichos en total, que pueden criar unos 3000 palominos. Se entiende que Teresa acudiera a la renta familiar para cubrir las necesidades alimentarias de sus compañeras de Monasterio de la Encarnación.

Todo allí habla de una realidad sencilla, natural, que evoca un ambiente familiar. El lugar nos habla de los recuerdos de Teresa. Imágenes de la "mística del adobe y cal", como hemos denominado estas raíces y evocaciones de lo que Teresa vivió en la niñez y que quedaron impresas en su memoria. La tierra y la luz llenaron su infancia, su imaginación, sus juegos de niña en los albores de su vida. La acompañarán siempre en sus experiencias interiores, retomará sus imágenes, recreará sus vivencias infantiles... su aprendizaje de lo que es durable y pasajero, de lo que es tierra y lo que es luz: «...la verdad

de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve». (V. 3, 5)

Estos entornos, estos paisajes evocadores, se unían al calor del hogar. Un hogar castellano, unos padres virtuosos que despertaron en ella la virtud – difícil aprendizaje si no hay modelos a imitar–. Así lo describe ella:

«El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena... Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados... *Era de gran verdad*... Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades... Muy apacible y de harto entendimiento...

Mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad, juntábamonos entrambos a leer vidas de Santos... Tenía uno casi de mi edad, juntábamonos entrambos a leer vidas de Santos, que era el que yo más quería, aunque *a todos tenía gran amor y ellos a mí*. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así...y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen... Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el *camino de la verdad*». (V. 1 y ss).

Episodio este muy referido y que delata al mismo tiempo el ambiente del hogar y el carácter de Teresa. Dice que “a todos tenía gran amor y ellos a mí”. Era un hogar cálido. Teresa vivió rodeada del amor familiar. Es muy común el *teníanme gran amor*, referido a su padre, a su madre, a los hermanos... y su *a todos tenía gran amor*. La correspondencia de amor en el seno de la familia es el sello de una educación y maduración adecuadas. Teresa va a acoger el amor de Dios como una continuación del amor recibido en el hogar familiar. Es más, va a señalar que ese *camino de la verdad* que aprendió en la niñez, se va a torcer en sus vanidades juveniles, hasta que al cabo vuelve a *la verdad de cuando niña*. Verdad y amor parecen ir unidas en la descripción del hogar familiar que nos presenta Teresa.

Además se percibe ese ímpetu de voluntad que caracterizará su determinación posterior; su obra como fundadora: Ve los martirios que los santos

pasaban por Dios y no la detiene nada para “concertar” ir a tierra de moros a sufrir el martirio; y ponen por obra su deseo. Es conocido el episodio de cómo salen de casa y se encaminan a las afueras de la ciudad, a los cuatro postes, donde los encuentra su tío Francisco.

En este contexto familiar, siguiendo los ejemplos de la madre, es donde aprende su trato con Dios, donde empieza a tener oración sin saberlo, a pensar las verdades eternas; *para siempre, siempre...* donde imaginaba incluso la posibilidad de ser monja.

«Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho» (V. 1, 6).

Al mismo tiempo un hogar cultivado; allí se aficionó Teresa a la lectura; afición no solo de su padre sino de su madre, y que en ella casi caía en vicio.

«Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos... (Mi madre) era aficionada a libros de caballerías y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí... Era tan en extremo lo que en esto me embecía que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento» (V. 2, 1).

¡Cuánto debemos agradecer esa afición que fructificará posteriormente en la insigne escritora! Al mismo tiempo, permitirá que su experiencia fuese aquilatándose entre sus anhelos y deseos de agradar tan femeninos, y el conocimiento de las tendencias humanas, *las vanidades*, como dirá posteriormente.

Un episodio importante de su niñez fue la muerte de su madre. La abrirá los ojos a lo que da de sí la vida. D<sup>a</sup> Beatriz muere en Gotarrendura en 1528, a los 33 años de edad; otro dato que nos refiere la frecuente estancia de la familia en el pueblo. La llevaron a enterrar a Ávila, a la parroquia de San Juan, según había sido su deseo expresado en su testamento. También solicitaría la dijese misas en distintos monasterios de la ciudad; entre ellos el de la Encarnación –no sospechaba ella que sería el lugar donde años adelante ingresaría su hija de monja– También hay testimonios de su muerte y traslado:

«Alonso de Benigrilla, de edad de cincuenta é seis años... este testigo se halló presente en el lugar de Goterrendura, quando la dicha doña Beatriz murió, que avrá catorce años»<sup>10</sup>. Teresa recordará el episodio con tremendo dolor:

«Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí» (V. 1, 7).

Era la imagen de la Virgen de la Caridad, muy venerada en Ávila; que acompaña siempre a la Santa en la procesión, en el día de su fiesta.

Teresa guardará siempre vivo el recuerdo tierno de su madre; su confidente, su cobijo y su compañera de lecturas en la niñez. De hecho, más tarde firmaría de Ahumada, eligiendo el apellido de D<sup>a</sup> Beatriz, –según costumbre de la época se podía elegir el apellido del padre o de la madre–.

En este episodio vemos también cómo Teresa pasa de la madre de la tierra a la Madre del cielo con la misma naturalidad y realismo de aquel concierto con el hermano hacia la tierra de moros... “fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre”. Ya está el concierto hecho, con toda *simpleza*, y con toda verdad. La Virgen de la Caridad suplirá la ausencia de su madre. Esto lo vivirá Teresa con total realismo; no se sentirá huérfana: “... me ha valido. Conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a Ella y en fin me ha tornado a sí”.

Teresa vive la fe con el mismo realismo con que vive sus relaciones con los demás; lo que ha aprendido en familia lo traslada espontáneamente al ámbito de la fe, sus relaciones sobrenaturales.

---

<sup>10</sup> «Otro testigo, Sebastián Gutiérrez, sacristán de Gotarrendura, estuvo más en lo cierto, afirmando que él estuvo presente al tiempo que falleció doña Beatriz, «que avrá diez é seis d diez é sete años, y la traxo á enterrar á esta ciudad de Avila, y la enterraron en la iglesia de San Juan» Cf. SANCHEZ MELGAR, B. pg. 5 y 6

### 3.2. *De Teresa a Teresa de Jesús. Vida y oración se hacen uno*

Teresa crece, se hace una adolescente con los deseos y perspectivas de una chica de su edad; con el natural deseo de agradar, parecer bien. La ausencia de la madre y la afición a los libros de caballería, la amistad y trato con unos primos –sobre todo uno de ellos– fomentarán estos devaneos juveniles que la desvían del camino de la niñez. Llega incluso a pensar en el matrimonio como adecuada salida, como posible perspectiva de futuro. Ella lo comenta muy gráficamente.

“...Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa... Tenía primos hermanos algunos... eran casi de mi edad. Andábamos siempre juntos. Teníanme gran amor... Era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien” (V. 2, 9).

Su padre empieza a preocuparse y decide enviarla al convento de agustinas de Ntra. Sra. de Gracia, extramuros de la misma ciudad de Ávila, para su educación. Aprovecha la coyuntura del casamiento de la hermana mayor, María, con Martín de Guzmán y Barrientos, y que se irá a vivir lejos, a Castellanos de la Cañada. No está bien que la hija se quede sola en casa sin el cobijo de la madre o la hermana mayor. Era el convento de agustinas una especie de internado para la educación de niñas. Allí, la monja agustina, María de Briceño, volverá a llevarla al trato con Dios. “...y comenzó mi alma a tornarse a acostumar en el bien de mi primera edad y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos”. (V. 2, 8)

Estuvo allí durante año y medio. La enfermedad la llevará de nuevo a casa de su padre. Irá a reponerse a casa de su hermana María a Castellanos de la Cañada. De camino se detiene en Hortigosa donde su tío Pedro la aficiona a buenos libros de oración (*Epístolas* de San Jerónimo). Será decisivo este encuentro para Teresa, pues allí empieza a plantearse la vocación religiosa. Con gran viveza relata Teresa la batalla interior que tuvo que sostener hasta que *se determinó* a ser monja.

«Vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno. Y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado... Y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle. En esta batalla estuve tres meses... Pasé hartas tentaciones estos días... Y en este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil que amor...» (V. 3, 5).

Veamos que el relato comienza con la revitalización de experiencias de la niñez: *vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña*. ¿En qué consistía esa verdad? En mirar la vida cara a la trascendencia: que todo era nada y cómo acaba en breve. El *siempre, siempre, siempre*, del cielo, descubierto en la infancia, se presenta ahora en la otra cara de la moneda: *la nada de lo que acaba*; el mundo. Pero una cosa es ver esta verdad, que ya es mucho, y otra *determinarse* a vivir en ella; a *andar en verdad*. Y señala, como contabilizando la duración, que en esta batalla estuvo tres meses. No se daba aún el motor del amor, sino sólo el temor servil; de ahí la batalla interior. Pero Teresa decide por lo que ve más apropiado, por encima de su sentir.

«Me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito, porque era tan honrosa que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fue que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.» (V. 3, 7).

Aquí reluce la batalla afectiva: el amor al –y del- padre idolatrado pero, al mismo tiempo, la determinación de Teresa. ¿Adónde se inclinará la balanza? La verdad de cuando niña pesará más para “entender” al menos el peligro de “sucumbir a su flaqueza” y volver atrás en su determinación. Cuando Teresa ve algo claro, la voluntad se determina, aunque suponga la mayor contradicción del corazón, -por entonces “su flaqueza”, pues aún no estaba purificado; no iba al son de la verdad y la determinación de la voluntad-. Esta era la batalla interior. Por fin, se decide a abandonar el hogar querido y encaminarse a la Encarnación, monasterio de Carmelitas, pues allí estaba su «grande amiga», Juana Juárez. Además, convence a su hermano Antonio para que la

acompañe –quien intentará posteriormente seguir sus pasos en otro monasterio de dominicos de la ciudad–. Muy gráficamente nos presenta esa contradicción del sentimiento cuando por fin se escapa de su casa.

“Acuérdaseme que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera. Porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.” (V. 4, 1).

Era el 2 de noviembre de 1535; una mañana cruda, como suelen ser los amaneceres en Ávila por esas fechas. Era el día de ánimas, como posteriormente recordará ella. Todo parecía adverso, dramático; pronto las campanas de la ciudad tocarían a muerto. Y ciertamente, era una especie de muerte al yo, a las inclinaciones del corazón, lo que entonces vivía Teresa. Verdaderamente era tan duro, que necesitó “una fuerza grande” para contrariar el sentimiento y seguir la determinación tomada. Ve que sin la ayuda de Dios no hubiera sido capaz. Es significativo cómo nos lo expresa: “Me dio ánimo *contra mí*, de manera que lo puse por obra”. Al año siguiente, el día 3, toma el hábito.

«En tomando el hábito... me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy, y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura... y es verdad que andaba algunas veces bariendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo» (V. 4, 2).

La vida del monasterio va sucediéndose y Teresa señala cómo en ese tiempo aún no tenía oración, aún no había en ella el amor de Dios, pero sí luz para comprender lo que tenía valor de eternidad y lo meramente pasajero. Descubría esto en el trato con las hermanas, en el ejemplo de estas vivencias en algunas, concretamente, en cómo llevaba una de ellas la enfermedad.

«... aún no tenía –a mi parecer– amor de Dios, como después que comencé a tener oración me parecía a mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de

poca estima lo que se acaba y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos» (V, 5, 2).

Al cabo de poco tiempo cae también ella, otra vez, enferma: “Comenzáronme a crecer los desmayos y dióme un mal de corazón...y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harta mala salud”. De modo que tiene que salir del Monasterio a curarse. Yendo a casa de su hermana, otra vez vuelve a pasar por Hortigosa donde su tío Pedro Sánchez de Cepeda la aconseja buenos libros de oración (Tercer abecedario de Osuna). Así, se aficiona de nuevo al trato con Dios.

Estuvo en casa de su hermana unos nueve meses a la espera de ser recibida por la famosa curandera de Becedas. Tres meses pasó allí con el penoso tratamiento, a base de sangrías, que casi la mata. «Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir» (V. 4, 6). También allí sufrirá el famoso episodio de desprender del “hechizo” de una mujer al cura del lugar. En fin, en el cuerpo y en el alma padece aventuras y desventuras.

Al fin retorna a casa de su padre medio muerta; –de hecho es la resistencia del padre lo que impide que la entierren–,

«Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos... teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí» (V. 5, 10).

Al cabo de un tiempo vuelve al convento de la Encarnación aunque aún medio moribunda; es ya 1539. Anduvo “tullida” más de un año.

Se recupera al fin de los males físicos, pero surgen otros de orden espiritual, pues empieza una vida de visitas, de disipación y al fin abandona la oración.

«...estuve un año y más sin tener oración, pareciéndome más humildad. Y ésta, como después diré, fue la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder; que con la oración un día ofendía a Dios, y tornaba otros a recogerme y apartarme más de la ocasión» (V. 7, 11).

La experiencia contrariante que vive no la impide reconocer el valor de la oración; el camino estaba iniciado, y respecto de él puede apreciar su desviación, que constata con gran realismo. Teresa ve la verdad de Dios y su lastimosa situación. En medio de este estado, no deja de comunicar los bienes que trae consigo la oración, y exhorta a todos los que la rodean a ese trato con Dios. Así procede con su propio padre, quien será pronto un discípulo aventajado. Al poco tiempo, es cuando le viene al padre la enfermedad y la muerte. Es el 24 de diciembre de 1543.

«En este tiempo dio a mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fuile yo a curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades... tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho» (V. 7, 14).

La muerte del padre va a tener una importancia fundamental en la trayectoria de oración de Teresa. Aún no se va a “entregar” del todo “en” la oración, pues va a seguir cediendo a “las ocasiones”, al trato mundano que la disipa. Pero retorna “a” la oración, animada por el confesor de su padre, el p. Vicente Barrón, “dominico, muy gran letrado”, que la ayudará a salir del engaño o “falsa humildad” de dejar la oración por no creerse digna.

La situación que vive la plasma magníficamente en su biografía, constituyendo una de las páginas descriptivas de mayor realismo, de más intensa comunicación.

«Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios -tan enemigo uno de otro- como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué sujeto bastó a sufrir que no dejase lo uno o lo otro... » (V. 7, 17).

Y ahí permanece Teresa, en el aprendizaje de la *vida* de oración largos años; sabe que aunque sufra contradicción mejor es eso que abandonar el camino comenzado. Mejor es constatar la verdad de sí frente a Dios, que volver la vista y mantenerse en el engaño. Aunque mantener el tipo, el conocimiento propio ante Dios, primer fruto de la oración, suponga gran sufrimiento. Ella es consciente de que ese conocimiento se lo propicia la oración, “la columna de la oración”. De nuevo resalta aquí el tono descriptivo de su vivencia, que nos presenta una mujer veraz, transparente.

«Por estar arrimada a esta fuerte columna de la oración, pasé este mar tempestuoso casi veinte años, con estas caídas y con levantarme y mal -pues tornaba a caer- ... Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años» (V. 8, 2).

Llegará el momento de la conversión, de la determinación a dejar las ocasiones, las aficiones del mundo, a vivir cara a Dios y sólo para Él; al verdadero trato amoroso con Dios: «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (V. 8,5). Será ante el “Cristo llagado”, en 1554:

«Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle... Esta postrera vez de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces» (V. 9, 1).

Es el momento de la determinación de la voluntad en ese camino de la oración. La mirada en Cristo, el trato fundamental con Él, y “venga lo que viniere”. Ya estaba la columna de la oración asentada, el camino trazado: la verdad propia y la verdad de Dios se juntan en trato amoroso. Teresa nos muestra su estado interior y su estar ante Dios en aquel preciso momento: “estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios”. Y se atreve a obrar en consecuencia: “no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba”. Y observa los efectos, el provecho, que aquel momento supuso: “fui mejorando mucho”.

De nuevo, llama la atención con qué realismo describe la vivencia; nos atrae, nos encandila, despierta nuestro afecto.

Progresivamente vamos descubriendo cómo Teresa ha alcanzado la madurez, tras años de lucha se va fraguando la fundadora, la escritora, la figura señera de la mística cristiana. Mujer singular que rompe moldes en una época controvertida; doctora de la Iglesia. Nos la imaginamos desde las descripciones que nos ofrecen sus contemporáneos. Así era su fisonomía según Francisco de Ribera: «Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de buen tamaño y proporción; la tez color blanca y encarnada. Cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello, negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas; los ojos negros y redondos y un poco carnosos; no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que en riéndose se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas de ella arqueadas y pequeñas la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; y el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color... las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que le daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire en el

andar, y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comúnmente placía mucho»<sup>11</sup>.

También María de San José hace una descripción elocuente de la Santa: «Tuvo en su mocedad fama de muy hermosa y hasta su última edad mostraba serlo. Era un rostro no nada común, sino extraordinario, y de suerte que no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios de él iguales, la frente ancha e igual y muy hermosa; las cejas de color rubio oscuro, con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos vivos, negros y redondos, no muy grandes, más bien puestos. La nariz redonda y en derecho de los lagrimales para arriba, disminuidas hasta igualar con las cejas, formando un apacible entrecejo... Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada; tenía muy lindas manos, aunque pequeñas; en el rostro, al lado izquierdo, tres lunares... en derecho unos de otros, comenzando desde debajo de la boca el que mayor y otro entre la boca y la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Era en todo perfecta como se ve por un retrato que al natural sacó fray Juan de la Miseria, un religioso nuestro»<sup>12</sup>.

Así era ella. El cuadro de Fray Juan de la Miseria mereció una de sus simpáticas respuestas, muy acordes con su llaneza: “Dios te lo perdone, fray Juan, que me has hecho vieja, fea y legañosa”<sup>13</sup>.

#### 4. MAESTRA DE VIDA Y ORACIÓN

Teresa está en condiciones de desplegar velas por el ancho camino de la oración, de la perfección, del amor a Dios y al prójimo, que van unidos. Te-

---

<sup>11</sup> Francisco de Ribera (1590) *Vida de Santa Teresa de Jesús, fundadora de las Descalzas y Descalzos Carmelitas*. Salamanca. Fue una de la primeras biografías de la Santa abulense.

<sup>12</sup> María de San José (1979) *Libro de las recreaciones*. Recreación octava. Roma. 188.

<sup>13</sup> Este cuadro se encuentra en las Carmelitas Descalzas de Sevilla. Fue allí donde la Santa tuvo que posar para ser retratada por el fraile, según mandato del provincial, el P. Gracián. Actualmente el cuadro que espléndidamente ha logrado plasmar estas descripciones psicológicas de Santa Teresa es el del pintor Ricardo Sánchez, abulense, inspirado también en las obras de la Santa y retratos previos. Es el que ha presidido los reposteros conmemorativos del V Centenario de su nacimiento en Ávila.

resa se convertirá paulatinamente en la reformadora, fundadora, escritora; en maestra de vida y oración. Su itinerario es muestra de las cumbres logradas en este camino. Señalamos algunos hitos importantes en el mismo.

Comienzan en estos postreros años de la Encarnación los episodios místicos. Uno de los más notables, descritos magistralmente por ella, será el de la transverberación. Es el relato más notable de los éxtasis místicos; aunque no el más elevado de la experiencia mística; como señalará posteriormente en las últimas moradas, refiriéndose a la unión ya sosegada y duradera del matrimonio espiritual. Aquí nos presenta el momento del éxtasis, de la herida de amor a partir de la visión imaginaria de un “querubín” que con un dardo de fuego la llegaba al corazón.

«Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas... me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento» (V. 29, 13).

Hay múltiples representaciones de este hecho, que ha pasado a formar una de las señas de identidad de Teresa; la más notable la escultura de Bernini en Roma. De la celda primitiva de la Encarnación, donde estuvo durante 27 años, se ha construido una capilla: de la Transverberación, inmortalizando este acontecimiento. En el altar hay un retablo con una pintura que quiere reproducir la escultura de Bernini.

Se iniciará así, desde su experiencia interior el proceso de reforma; primero propio, “eso poquito que hay en mí... y vivir con perfección los consejos evangélicos”, enseguida transmitirá esas vivencias interiores y engolosina a sus amigas más cercanas en ese camino de perfección. Así surge la reforma.

San José sería el primero de los monasterios reformados. “Una estrella que dará de sí gran resplandor”. Es entonces cuando Teresa de Ahumada pasaría a ser Teresa de Jesús.

Los muchos contratiempos que tuvo que sufrir están referidos en el Libro de la vida. Contratiempos exteriores, pero también interiores; como señala ella en la gran tentación que tuvo al poco de quedar fundado el primer monasterio de que todo había sido “antojo” suyo, muy fuera de la voluntad de Dios:

«Cosas de esta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa, y con esto una aflicción y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer... ¡Oh, válgame Dios, qué vida esta tan miserable! No hay contento seguro ni cosa sin mudanza. Había tan poquito que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte que no sabía qué hacer de mí» (V. 36, 8 y 9).

Pero la tentación es eso, tentación, engaño. Sale de ella más fortalecida. La vida va cobrando otro sentido: se acentúa la presencia de Dios en el alma, se depura la voluntad de vanos deseos e imperfecciones; sólo una cosa es importante: el amor de Dios y del prójimo. Esta es la clave de la reforma: una auténtica vida de comunidad en trabajo, soledad y austeridad. En breves pinceladas sintetiza lo que debía ser la vida de la reforma:

«Para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente: la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas» (C, 4, 4).

Allí se afianza su vida de oración; la presencia de Dios se hace cotidiana; puestas en oración o en medio de las actividades exteriores. «Pues ¡ea, hijas mías!, no haya desconsuelo cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores; entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior» (F, 5, 8).

Es una presencia continua de Dios que la Santa describe muy gráficamente, no como en el estado de éxtasis, pero sí como una compañía real aunque invisible: «Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre al lado derecho, sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna

vez que me recogiese un poco o no estuviese muy divertida podía ignorar que estaba cabe mí» (V. 27, 2).

En San José comienza su labor de escritora, allí se afianza como maestra de vida y oración, como fundadora. Llevando la reforma por los caminos de España. Incansable andariega.

Acontecimiento importante fue el encuentro con San Juan de la Cruz, en Medina del Campo, en 1567. Al inicio de su labor de fundadora, pues es la segunda fundación. Será el inicio de la reforma en los carmelitas. Duruelo, será el primer convento de carmelitas reformados. Con San Juan de la Cruz tendremos ya las dos figuras fundamentales de la reforma pero también de la mística cristiana. Los dos escritores insignes y doctores de la iglesia.

Vuelve tres años a la Encarnación como priora de las calzadas de allí. La mandará allí el provincial. La intención era clara: que se ocupase con las cerca de 180 que ocupaban el monasterio –entre monjas y mujeres que se acogían al monasterio-<sup>14</sup> Llamará allí a San Juan de la Cruz, que compartiese la capellanía del Monasterio con los calzados de la ciudad. Hay episodios místicos entre ambos; como se conserva en la tradición del monasterio del éxtasis en uno de los locutorios un día de la Santísima Trinidad: “No se puede hablar con nuestro padre Fray Juan porque luego se traspone y hace trasponer”, comentó la Santa a la religiosa que los sorprendió en ese estado.

También es acontecimiento notable la gracia del matrimonio espiritual en la octava de San Martín, el 18 de noviembre de 1572, en la Encarnación. Ocurre al terminar la misa, que oficiaba San Juan de la Cruz. Es el momento cumbre de la unión mística de Santa Teresa, al que alude en las Relaciones, pero también en las séptimas moradas como referente último peldaño del proceso de unión. Aludiremos posteriormente a este episodio tan central y revelador en la experiencia de Dios que nos muestra Teresa.

Cuando sale de la Encarnación para continuar su labor de fundadora, ya está consolidada la vida de oración, la vida mística. Todos los avatares que sufriría, relatados magistralmente en el libro de *Las Fundaciones*, los miraría

---

<sup>14</sup> Cf. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, N. (2005) *La ciudad de las Carmelitas en tiempos de D<sup>a</sup> Teresa de Ahumada*. Ávila: Diputación Provincial.

desde esta clave de unión interior. Teresa vive acompañada continuamente del huésped divino.

Fueron 17 las fundaciones, además de las otras dos que se hicieron bajo su indicación, por medio de San Juan de la Cruz: Granada y Caravaca.

Sus escritos: El libro de la Vida, Camino de perfección, Castillo Interior o Las moradas, Las fundaciones, Cuentas de conciencia, Cartas, Exclamaciones del alma a Dios, Constituciones, Poesías, Visita de Descalzas, Relaciones espirituales, Meditaciones sobre los cantares, Conceptos de amor de Dios.

Al final de la última fundación, Burgos, de camino a Ávila, muere en Alba de Tormes.

Era el 4 de octubre de 1515. Al día siguiente era día 15 por el cambio al calendario gregoriano. “Al fin muero hija de la iglesia”. Y también: “es tiempo de caminar”. Fueron sus últimas palabras. Como queriendo señalar que otros, sus hijas, sus lectores, sus amigos, ¡tantos que tiene Teresa!, continuarían surcando los caminos de la historia con ella al lado, maestra de vida y oración.

“Y el almendro floreció”. Señalan en el convento de Alba que ese día de la muerte de Teresa de Jesús, floreció el almendro que tenían en la huerta. Es lo que ha querido representar la pintora Isabel Guerra en su famoso cuadro de la muerte de Santa Teresa con el trasfondo del almendro florecido.

## 5. EL REALISMO DEL SÍMBOLO. EL HUERTO. EL GUSANO Y LA MARIPOSA. EL CASTILLO INTERIOR

Las obras de Teresa son la exposición de su experiencia de vida y de oración. Mostrar esa experiencia describiendo su propio itinerario, es el *libro de la Vida*, su autobiografía. Datos biográficos donde presenta sus experiencias místicas para examen de sus confesores o consejeros, son *Las Relaciones*. Un verdadero tratado de oración, siempre desde la descripción de la propia vivencia, llegando hasta las cumbres de la unión con Dios, es el *Castillo interior* o *Las Moradas*. Enseñar cómo proceder en ese itinerario de oración, es el *Camino de perfección*; con un claro objetivo de magisterial para sus

religiosas. *Las Fundaciones* constituyen el relato de los avatares que vivió en la fundación de los conventos, al mismo tiempo constituyen la última parte de su biografía y su itinerario de oración, que lógicamente no pueden separarse. Igualmente podemos decir del rico *Epistolario*; en todo momento, la experiencia interior, el itinerario hacia Dios reluce en sus escritos.

Teresa nos descubre su alma, se nos muestra, a través de sus escritos. La misma expresión, ese estilo descriptivo, es signo de su gran realismo. Esa descripción tiene dos referentes: el símbolo, la narración descriptiva del acontecimiento místico.

En Teresa el relato de su vida, su oración, su encuentro con Dios, el tan alto conocimiento de sí y de Dios que nos muestra, su modo de juzgar y obrar, son la expresión directa de la experiencia vivida. Por ello, el transcurso del relato es paralelo al itinerario de su vida, de su oración, de su propio camino hacia la unión con Dios. Mostar, describir esa experiencia fue el gran intento y el gran logro de Teresa. He ahí el realismo teresiano. Con ello nos ha legado una auténtica revelación del Dios humanado que es Jesucristo, su acción transformadora en el alma, la unión de amor que llegó a lograrse. La experiencia mística de Santa Teresa nos revela al Dios que camina con el hombre, vivo y cercano, operante, cotidiano, sorprendente, siempre amoroso aunque a veces hiriendo el alma cuando aún no está muy dispuesta, y siempre elevándola a mayor altura, hacia la unión de amor.

Usará de símbolos y comparaciones, no sabe a qué acudir para ser más transparente al lector. Símbolos de la vida cotidiana, de sus entornos vitales, de las experiencias que guarda en su recuerdo.

Los símbolos más significativos del ambiente natural nos remiten sobre todo al ámbito rural: desde las lagartijas y los sapos hasta las gallinas o las águilas. Tienen especial relieve los palomarcicos y las palomas, las maneras de regar el huerto, la transformación del gusano de seda en mariposa. En fin, van referidos fundamentalmente a la comparación del alma en su itinerario de oración

El alma será el huerto y Dios el divino hortelano que trabaja en ella: «Me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él» (V. 11, 12)

En el itinerario de oración aconseja: «que no los enseñe a ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma a sólo cazar lagartijas» (V. 13, 3). Dios aparece como el águila caudalosa: «muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas» (V, 20, 3). Otras veces es el alma en su volar hacia Dios la que es águila: «y a los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en Su Majestad y, si los viéremos con humildad, darles la rienda» (V 39, 12).

Los modos de oración son comparados con las maneras de regar el huerto: «Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor» (V. 11, 6). El primer modo de oración: «sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo» (V. 11, 7 y ss). La segunda manera de oración, donde el recogimiento de los sentidos es más llevadero, se asemeja a la segunda manera de regar el huerto: «o con noria y arcaduces, que se saca con un torno; yo lo he sacado algunas veces». Los otros dos modos de riego, tercero y cuarto, son referidos a los grados tercero y cuarto de oración, ya en contemplación y unión, donde el trabajo del alma es más llevadero, como ocurre cuando el agua va en un riachuelo vivificando por donde pasa; el cuarto sería ya la lluvia mansa del cielo, donde el alma recibe sobre todo el agua beneficiosa de la gracia, de la comunicación de amor divino.

Otra imagen central en sus obras es la de las moreras o “morales”, como dice la Santa. El símbolo del gusano y la mariposa es central en *Las Moradas*, para significar la transformación y unión del alma con Dios: «y con hojas de moral se crían... van de sí mismos hilando la seda y hacen unos capuchillos muy apretados adonde se encierran... y sale del mismo capucho una mariposica blanca, muy graciosa» (M. 2, 2).

El palomar y los palomarcicos, formarán parte desde entonces de la literatura mística, para referir los conventos del Carmen reformado que ella fundaría: «Comenzando a poblarse estos palomarcitos de la Virgen nuestra Señora, comenzó la divina Majestad a mostrar sus grandezas» (F. 4, 5).

O las palomas como las potencias del alma que no quedan quietas: «Las

otras dos potencias ayudan a la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien, puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso de ellas, sino esté en su gozo y quietud; porque, si las quiere recoger, ella y ellas perderán, que son entonces como unas palomas que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer por otras partes, y hallan tan mal que se tornan; y así van y vienen a ver si les da la voluntad de lo que goza». V. 14, 3

O el símbolo del vuelo místico: «cómo se entiende tenía razón y la tendrán todos de pedir alas de paloma! Entiéndese claro es vuelo el que da el espíritu para levantarse de todo lo criado, y de sí mismo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido». V, 20, 25

El símbolo del alma por excelencia es el del castillo interior o *Las Moradas*. Cada morada va a suponer un estadio en el itinerario interior, itinerario de oración. Desde la ronda del castillo, con las sabandijas en rededor, hasta el más profundo centro del alma donde mora el Rey:

«Considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal... que tiene muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma» (M. 1, 1) .

Las distintas fases de ese itinerario llevarán a la morada principal, el recorrido supone haber transitado por las vías del itinerario místico hasta la unión de amor o matrimonio espiritual, en la séptima morada. Esta etapa final es descrita también en las Relaciones, la veremos al final.

## 6. EL REALISMO TERESIANO Y LA EXPERIENCIA DE DIOS: ANDAR EN VERDAD

La experiencia de Dios que vive Teresa la convierte en acreedora de las cimas más altas de humanidad. En ella se logra esa difícil unidad interior entre las diferentes facultades o “potencias”, como ella suele denominar. Nos

referiremos a las facultades de conocimiento, voluntad y afecto; en las que logró la más alta experiencia e integración. Es la unión con Dios la clave de esa experiencia más alta de integración de la persona. Sabiduría, libertad interior y amor se aúnan en Teresa logrando una síntesis suprema, que la convierten en maestra de humanidad. Frente a las elucubraciones teológicas, será la experiencia interior el lugar novedoso en que Teresa se nos muestra.

### *6.1. El aviso, la determinación, el amor*

Lo primero que resalta en la obra teresiana es la primacía de la experiencia. Esto era una novedad en un momento de formalismos racionalistas, teológicos y sociales, por un lado, pero también, por otro, de emergencia de la experiencia como método empírico para las ciencias. ¿El realismo cifrado en la experiencia interior? Sí, esa será la gran aportación de Santa Teresa.

La experiencia teresiana tiene un foco de atención: la humanidad Santísima de Cristo. Efectivamente, más que en elucubraciones teológicas o prácticas espiritualistas considerará esta referencia a la humanidad de Cristo el camino más certero, el “bien y remedio” ante desviaciones de todo tipo, tanto personales como las que se daban en aquel ambiente de espiritualismo enrarecido –alumbrados, recogidos– o las direcciones que estaba retomando el protestantismo. Esta será la novedad, al mismo tiempo la piedra de toque para el camino de la oración, para la verificación de la experiencia mística. Son múltiples las referencias a esta vía de oración centrada en la presencia amorosa de Cristo, en la comunicación interior con El.

«Cuán seguro camino es para los contemplativos no levantar el espíritu a cosas altas si el Señor no le levanta, y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo» (V, 22).

Es contundente a la hora de sentenciar el error de prescindir de la humanidad de Cristo; es un tema común a todas sus obras: «Cuán gran yerro es no ejercitarse, por muy espirituales que sean, en traer presente la Humanidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (M, 6, 7).

No falta un deje de crítica al ambiente de la época como a las prácticas

protestantes que se apartaban de este modo de oración, como a tener presentes las imágenes de Cristo, la Virgen o los Santos.

«También les parecerá a algunas almas que no pueden pensar en la Pasión; pues menos podrán en la sacratísima Virgen, ni en la vida de los Santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque, apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense y se acompañe de los que, teniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuánto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio que es la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Y no puedo creer que lo hacen, sino que no se entienden, y así harán daño a sí y a los otros» (M, VI, 7, 6).

Es evidente que, sin pretenderlo, al paso que va describiendo y depurando su propia experiencia, va mostrando la necesidad de justificar la verdad de la experiencia vivida que, en definitiva, es la verdad de sí misma y de Dios, superando el engaño. Pero, -al mismo tiempo-, la necesidad de que la voluntad esté unida a lo que va viendo, esté *determinada* en ese camino de perfección, pues *obras, obras*, son el exponente último de la verdad interior. Entonces, y sólo entonces, podemos decir que se ha alcanzado el verdadero amor de Dios. Esto es para Teresa *andar en verdad*, que es lo mismo que la actitud humilde, el verdadero reconocimiento de sí y de Dios.

## 6.2. *Andar con aviso*

Esa humildad, ese verdadero conocimiento de sí y de Dios, supone, no una demostración teórica, sino una actitud veraz en ese camino de perfección; supone un conocer y obrar unidos. Aquello que los griegos sostenían de que saber y virtud se requieren juntos, es lo que sostiene Teresa en la exposición de su experiencia mística. Para ello tuvo que atravesar amargas situaciones de *engaño*, tanto interiormente, en sí misma, -es el exponente de la tentación-, como exteriormente, cara a los demás, a los confesores y consejeros.

«Lo mucho que importa andar con aviso» (M. 4). Así cifra ella el modo de habérselas en el conocimiento de sí y de Dios en ese itinerario de oración.

Ese andar con aviso, que señala como tema a desarrollar en las moradas cuartas –las de discernimiento más sutil-, concierne al mismo tiempo al conocimiento de la verdad y a la prudencia en el obrar. Y esta doble vertiente de conocimiento y acción, tiene a su vez una doble referencia: hacia el interior, hacia sí misma, y hacia el exterior. Teresa tuvo que superar el engaño propio y ajeno, en su propia experiencia de Dios, –siempre el descubrimiento de la verdad de Dios y de sí misma irán al paso–.

Nos muestra páginas muy vivas de cómo padeció ese engaño, interno y también externo; pues ella no tiene referentes para calibrar su experiencia interior y los consejeros, según andaban los tiempos, estaban muy lejos de atender a “experiencias interiores” como algo verdadero y relevante en el camino hacia Dios. Es más había mucho subjetivismo, mucho engaño premeditado; intentos de justificar actitudes que habían caído en los excesos iluministas o incluso en brujería. Todo “espiritualismo” era sospechoso.

Pero Teresa se sitúa en otro marco, en otra referencia; no es un espiritualismo exento, pero es una experiencia novedosa para el momento: la humanidad Santísima de Cristo. Ha de aclarar y avalar esa precisa experiencia. No encontró a tiempo consejeros experimentados y letrados que la confirmasen; más bien le hicieron temer y se atrevían a confirmar su engaño y su situación como asemejable a los excesos del momento. Al mismo tiempo, los temores; pues esos excesos se pagaban caro frente a la inquisición. Lo pagaban justos e injustos. Teresa sufre los efectos de estos temores e incomprensiones. A la postre, se da cuenta de la falta de discernimiento en los propios consejeros (no son letrados o medio letrados); pero antes ha sufrido los efectos de sus recelos y desconfianzas. Se duele de esa situación, aunque es indulgente con ellos:

«Gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera... Y buen letrado nunca me engañó. Estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más» (V, 5, 3).

Sola ante el crisol de la tentación, del engaño interno o externo, Teresa sufre las consecuencias, sucumbe más de una vez, se ve envuelta en esa tentación o engaño. Magníficamente describe también esta misma experiencia;

lo cual es otra garantía de su actitud veraz. «Así que todo lo veía trabajoso, como el que está metido en un río, que a cualquier parte que vaya de él teme más peligro, y él se está casi ahogando» V, 23, 12).

A veces es tentación burda –como vimos que ocurrió nada más fundar San José– como que todo había sido vana pretensión suya: «Cosas de esta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa, y con esto una aflicción y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer» (V. 36, 8).

También el engaño ocurre desde la propia imaginación, y en sentido positivo, como los grandes deseos irrealizables: «algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles» (M VII, 4, 14).

Poco a poco la propia experiencia va decantándose. Un filón de discernimiento –aviso, en el vocabulario teresiano– son las obras, los efectos, las virtudes que van asentándose en el alma: «andar con particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes» (M. 4, 9).

Al final sentencia cómo salir del engaño: fortalecerse en la fe, no fiarse de sí: «Tengo por muy cierto que el demonio no engañará -ni lo permitirá Dios- a alma que de ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe» (V, 25, 12).

En el transcurso de la propia experiencia mística, la unión con Dios será la situación real más segura para el discernimiento; esa es la altura incuestionable desde donde se conoce la verdad, tanto de Dios como propia:

«Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré» (V, 21,5).

Se va decantando así la actitud verdadera: la humildad ante Dios. La humildad que “es andar en verdad”. Actitud necesaria para el discernimiento sobre sí misma, pero también en los consejeros. Teresa que será gran amiga de la verdad, verá que sólo la comporta el humilde. Éste juzga adecuadamente, pues mira la actitud y desde la actitud: descubre los efectos que la expe-

riencia de Dios dejan en el alma: las determinaciones de la voluntad, el amor. «Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus y le hubiere el Señor dado humildad verdadera; que éste juzga por los efectos y determinaciones y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca». (V, 39, 10).

Vemos, pues, que luz, determinación y amor se dan unidas en el humilde. Ese anda en verdad y es capaz de descubrir la verdad del que está en esa andadura; pues verá igualmente, las huellas, los efectos de la misma: la luz, determinación, amor juntos.

Así pues, en la experiencia mística los efectos que muestra el alma de esa unión, muestran a un tiempo las tres facultades del alma en alto grado de perfección. Es verdad que Teresa hablará de las “tres potencias del alma”, según se mencionaban en su época, refiriéndose al entendimiento, la voluntad y la memoria -el amor es toda el alma la que lo recibe o lo ofrece-. Pero cuando se pone a describir la experiencia, entonces refiere las tres facultades: el conocimiento, la voluntad, el amor; la luz, la determinación, el amor.

### 6.3. *Determinada determinación*

Ya hemos señalado que verdad, determinación de la voluntad y amor han de ir unidos, pero en Teresa de Jesús es notable la importancia que tiene la determinación de la voluntad. Teresa era una mujer de voluntad determinada. Lo hemos visto a lo largo de su vida –especialmente cuando salió de casa hacia el monasterio de la Encarnación–; cuando “se determina” a algo ya no hay quien la pare. Pero para esa determinación de la voluntad necesita la luz de la verdad. Entonces, aunque el sentimiento no acompañe, no importa, sale con el intento, aunque sea “contra sí misma”.

La voluntad es la que obra; la que realiza la verdad vista. Esta es la base de “los efectos”, de los resultados de las vivencias en el alma; es la base de la virtud.

«Torno a decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas» (M VII, 4, 9).

Distingue Teresa los meros deseos situados en el marco de la imaginación –“la loca de la casa”– y la determinación de la voluntad. Ésta será la base de la relación del alma con Dios, del camino de oración y fraternidad. Si hay determinación en la voluntad se pueden vencer los obstáculos, las circunstancias que se ofrecieren, la superación del hombre viejo; sin esa determinación no hay nunca verdadero camino de oración.

«Ahora, tornando a los que quieren ir por él y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida, cómo han de comenzar, digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (C, 21, 2).

La determinación de la voluntad es la que indicará si la mirada está puesta en Dios y el prójimo, o si se vuelve sobre sí, y se pierde en imaginaciones; entonces no es Dios el fin que persigue. Las obras serán la muestra de la dirección de esa voluntad.

«Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad» (M, III, 1, 7).

Como señalábamos más arriba, la determinación de la voluntad, cuyo efecto es la virtud, no puede separarse de la verdad, ni del amor verdadero. Espléndidamente lo expresa Teresa cuando habla del *amor virtuoso*: «En cómo ha de ser este amarse y qué cosa es amor virtuoso –el que yo deseo haya aquí–»(C, 4, 11).

El fin de la oración, de la vida mística, es en definitiva obrar en el mundo desde la voluntad de Dios. Es lo que la Santa señala con su dicho: “que nazcan obras, obras”. Lo señala además como la culminación del camino de perfección; superando todo interés, toda vanidad, todo punto de honra, que es el que detiene la voluntad.

«¡Oh hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honra, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el

alma adonde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras». (M. VI, 4, 6).

#### 6.4. *El verdadero amor*

Podríamos decir que la experiencia mística es el canto del amor, del itinerario hacia la unión de amor y de la expresión de esa unión en lo que Teresa describe en la experiencia cumbre que es el relato del matrimonio espiritual. Antes de centrarnos en este relato, veamos algunas breves pinceladas en torno al ejercicio de ese amor –cifrado en el amor al prójimo– como exigencia del propio itinerario de oración. “Para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente: la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas” (C, 4, 4).

Desde el principio caracterizó a las comunidades de carmelitas una exquisita caridad; era el sello de la reforma. No podía sustentarse sin ese desasimiento y humildad. Las tres cosas se dan unidas. Estas notas que acompañan a la verdadera caridad, son muestra del realismo teresiano. Un realismo que asume hasta las últimas cuotas de la experiencia mística. El que está en las cumbres de la mística, lejos de desentenderse de los avatares de la vida, de los demás hombres, está mucho más pendiente de todo; más despierto para ver las necesidades, más avisado para otear en el itinerario interior que siguen sus hermanos, pues él lo recorrió primero. Y no tiene otra preocupación mayor que el acercarlos a Dios. Ahí el verdadero amor, frente a “esotras aficiones bajas”,

«Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben, sino a Dios. - Mucho más, y con más verdadero amor, y con más pasión y más provechoso amor: en fin, es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar, mucho más que no a recibir; aun con el mismo Criador les acaece esto. Digo que merece éste nombre de amor, que esotras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre» (C, 6, 7).

Son múltiples las páginas en las que Teresa muestra esa pasión de amor interior, ese encuentro con el Señor y cómo el alma se deshace por su Dios. Las expresiones de las experiencias místicas que describe, son muestra de esa comunicación de amor y los efectos que deja en el alma. Dios es Dios, y Teresa se siente desfallecer ante la presencia de Dios. Los arrobamientos, los ímpetus, las suspensiones, los éxtasis... son salidas a esos excesos de amor que el sujeto humano no podría soportar de otro modo.

En cualquier caso, es la experiencia del amor de Dios la que va transformando el alma, liberándola, enamorándola. La vida se simplifica, las complicaciones son superadas. Una vida en el amor es sencilla y simple; es el fruto de la unión interior. Magníficamente lo refiere Teresa:

«Si una vez se nos imprime si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil y obraremos muy en breve y muy sin trabajo» (V, 22, 14)

## 7. CONCLUSIÓN: LA EXPERIENCIA CUMBRE DEL MATRIMONIO ESPIRITUAL, EXPRESIÓN DEL REALISMO TERESIANO

En ese realismo de la experiencia mística teresiana, es significativa la gracia del matrimonio espiritual. Señala en las relaciones: «Estando en la Encarnación el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín, estando comulgando, partió la Forma el Padre fray Juan de la Cruz, que me daba el Santísimo Sacramento, para otra hermana. Yo pensé que no era falta de Forma, sino que me quería mortificar, porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas (no porque no entendía no importaba para dejar de estar el Señor entero, aunque fuese muy pequeño pedacico). Díjome Su Majestad: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí»; dándome a entender que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo

como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya y la tuya mía»<sup>15</sup>.

El episodio es revelador precisamente de una de las experiencias místicas más sublimes y más realistamente narrada. Teresa es ella, con sus debilidades y caprichos, aún en esos momentos en que ya es reformadora y fundadora consumada; se muestra tal cual es, sin doblez alguno, sin fingimiento ni componendas. Ella tenía el “capricho” de las formas grandes y vuelve de comulgar quejándose interiormente al Señor de que fray Juan partiese la Sagrada forma... Así, de modo tan humano y cotidiano se nos muestra. Y el Señor, condesciende, la acepta tal cual es, no la reprocha sino “díome su mano derecha y díjome... serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido...” Sencillamente refiere la experiencia vivida, que muestra claramente quién es ella, quién Dios en su Majestad, el momento que vive y, también, la trayectoria vivida. Ciertamente, Teresa no estaba en contexto alguno de mostrar merecimientos para gracia tan sublime –¿cuándo puede haber merecimientos para tal acontecimiento?– El relato de la experiencia nos muestra claramente la verdad de esa relación amorosa de Teresa con el Dios humanado, Jesucristo.

Así pues, la más alta situación de unión mística ocurre, se nos presenta, en medio de la experiencia más humana y cotidiana. Esta es la verdad y el realismo teresiano.

El realismo teresiano nos muestra, nos describe, la unidad interior más alta. No hay premeditación, ni tampoco argumentación alguna. Tampoco pretensión de justificar nada ni justificarse. A veces escribe contra sí misma. Lo curioso es que a través de lo que dice, lo que se lee entre líneas, se descubre la experiencia auténtica, sorprendente tantas veces, del Dios humanado presente en su alma. Dios que actúa, al mismo tiempo que ella obra, y que va trasluciendo su acción precisamente a través de la experiencia que describe.

Teresa no teoriza, ni argumenta ni entra en discusiones teológicas –tan corrientes en su momento– aunque se dispondría a disputar con todo el mundo, tal era la verdad que vivía y que, desde la vivencia, quería transmitir. El realismo teresiano parte pues de su experiencia interior, de su vivencia, no

---

<sup>15</sup> Relación 35.

de posiciones determinadas, ni de formalismos o espiritualismos premeditados. Teresa es ella misma en todo momento, su realidad es la que transmite. Esa realidad vivida como itinerario de experiencia mística –de las más sublimes- se ha convertido en foco de luz para la humanidad, no sólo en su momento, sino en los tiempos venideros.